

Hogares y pobreza de tiempo

Araceli Damián*

El concepto ideal (en sentido Weberiano) de hogar en el pensamiento económico neoclásico supone que los requerimientos de tiempo, más allá de los del trabajo y del consumo son casi inexistentes. De acuerdo con esta escuela todos los miembros del hogar son asalariados, realizan todas sus comidas fuera del hogar y contratan los servicios de lavado, planchado y aseo del hogar. Así las actividades realizadas por los hogares se llevarían a cabo exclusivamente en la esfera del mercado: la venta de fuerza de trabajo y la compra de mercancías para el consumo.

De esta manera, los hogares se convertirían en unidades puras de consumo, mientras que las empresas se especializarían en la producción/comercialización y, el Estado sería el árbitro entre los demás agentes sociales y el encargado de proveer bienes públicos y servicios colectivos. Este modelo, sin embargo, tiene serias dificultades para funcionar, sobre todo por la existencia de hogares con requerimientos de crianza de menores, ya que la intervención de la fuerza de trabajo familiar es (prácticamente) inevitable, provocando fuertes restricciones a los adultos, sobre todo a las mujeres, para participar en el mercado laboral. Aunque el empleo de servidores domésticos o la crianza de menores en establecimientos especializados pueden aliviar esta “restricción”, el tiempo de interacción entre padres e hijos no puede ser igual a cero.

Ante el reconocimiento de esta limitante del esquema neoclásico, el Premio Nobel en economía, Gary Becker desarrolló el modelo de organización económica de los hogares en el que se reconoce que éstos requieren de tiempo para realizar diversas actividades que quedan fuera del ámbito mercantil, pero sin el cual los individuos no podrían participar en el mercado laboral. Becker señala que existe un costo monetario para las actividades “no productivas” (que quedan fuera del mercado) que debe ser considerado en la función de utilidad de los hogares, ya que el tiempo dedicado a éstas podría haber sido utilizado productivamente.

El autor asegura que los hogares son unidades tanto productivas como maximizadoras de utilidad y supone que el hogar funciona como una unidad en la

que sus miembros toman las decisiones en beneficio de todos. Critica a los economistas que separan tajantemente la producción del consumo, suponiendo que la primera ocurre en las empresas, mientras que el segundo se presenta en los hogares. De acuerdo con Becker un hogar es realmente una 'pequeña fábrica': combina bienes, materias primas y trabajo para limpiar, alimentar, procrear y producir bienes útiles.

Propone determinar el *ingreso total* de los hogares, es decir, el que podrían obtener dedicando las 24 horas del día al trabajo. Según Becker traducir todo el tiempo a dinero permite unificar el tratamiento de todo tipo de sustituciones entre ingreso pecuniario y no pecuniario, independientemente de su naturaleza o si éste se lleva a cabo en el trabajo o en el hogar.

Becker sostiene que si bien el costo de oportunidad del llamado "consumo productivo" (dormir, comer y hasta jugar) ha sido considerado en el pensamiento económico, éste no había sido incorporado en el análisis de la toma de decisiones en el hogar. De esta forma, cuando el costo de oportunidad se incorpora, los miembros del hogar que son relativamente más eficientes en las actividades del mercado usarán menos de su tiempo en las actividades domésticas y viceversa.

Por tanto, los hogares enfrentan una restricción no sólo de ingreso sino también de tiempo y el ingreso de los hogares aumenta a costa del recurso tiempo: los hogares intercambian su tiempo por sueldos y salarios en el mercado de trabajo.

Es importante señalar que el planteamiento de Becker ha sido criticado ya que considera que todos los miembros del hogar son altruistas al buscar el beneficio de todos. Además, aunque reconoce al Estado como árbitro, en su modelo no aparece el papel que éste juega en la determinación de las condiciones en las que los agentes tienen que tomar decisiones (regulación del mercado laboral, provisión de servicios sociales, incluyendo cuidado de menores, etc.).

Otra debilidad importante del modelo es que supone que para maximizar su bienestar los hogares pueden elegir libremente la combinación de tiempo dedicado al trabajo doméstico y/o al extradoméstico. No obstante, es difícil hablar de elección "libre" cuando la participación laboral está sujeta a las necesidades de

sobrevivencia y los pobres carecen de recursos para elegir entre una actividad u otra.

Más allá de las innumerables debilidades de este modelo, lo que importa resaltar aquí es que se reconoce al tiempo como un recurso necesario para que los hogares realicen diversas actividades vitales para el funcionamiento de la sociedad en su conjunto y puedan satisfacer cabalmente sus necesidades básicas. Sin embargo, la forma dominante de medir la pobreza considera al ingreso como el único recurso para medirla. Es decir, está rezagada con respecto a la misma teoría económica en la cual se sustenta, a pesar de reconocer que con ello se comete un grave error.

*El Colegio de México, adamian@colmex.mx